



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXIX

Zaragoza, 2 de Julio de 1937

Núm. 907

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—ooo—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

## SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

Es una normalidad del torrente de emociones; es una modalidad permanente de la expansión espiritual, una nueva expresión de vida ciudadana; una elevación, mejor aún, una resurrección del alma de la Patria.

“No he llorado nunca tanto como en estos días; cualquier cosa me hace llorar”, me decía emocionado un venerable amigo comentando un desfile de milicianos.

Contemplamos con emoción a los soldados y milicias y les aplaudimos con fervor y cariño; acudimos al balcón o al borde de la acera para gozar como niños al verles pasar y tributarles nuestro homenaje de admiración y estimación; saludamos con el brazo tendido al pasar las hermosas banderas desplegando al viento el glorioso ideal; escuchamos con veneración el himno nacional...

Nos sentimos transformados. Es una vida nueva, digna, elevada, grande; la vida integral del espíritu en sí mismo, que venera y ama; la vida del alma en su relación con los demás amándolos, salvándolos y sacrificándose por ellos; la vida de la Patria, la vida sublime de espíritu cristiano con la tutela continua de la presencia paterna de Dios llenándolo todo; con la mirada amorosa y confiada fija en el cielo, viendo el lugar que tiene allí después de la muerte gloriosa.

Estábamos adormecidos en una materialización fría; la exaltación de la materia ahogaba toda transcendencia espiritual. Los hombres se avergon-

zaban de llorar como de una cobardía o pusilanimidad, y la expresión sentimental en las horas dolorosas de la vida tenía algo de enojosa necesidad convencional o de romanticismo.

Nadie se descubría al oír la *Marcha real*; casi nadie saludaba la bandera y muchos lo hacían de un modo vergonzante...

Todo ha cambiado. Se ha quemado y aventado todo lo que cubría y sofocaba el espíritu; se han levantado hasta el Cielo los valores espirituales. Pero se ha hecho con ademán irresistible, con estima y ejemplaridad.

Se han impuesto los signos exteriores.

Se saluda con convicción al superior, se tiende noblemente el brazo en saludo patriótico, se venera la bandera, se aclama a la Patria y al Caudillo, se tapizan y alumbran los balcones... todos ostentan orgullosos el emblema nacional o de las gloriosas milicias, o de algún servicio por la Patria.

El hombre no es sólo carne; es también espíritu; pero no es sólo espíritu, es también carne y necesita de los signos exteriores como expresión de sus sentimientos y afectos. Es una necesidad y complemento espiritual.

Se vivía una vida árida, de convencionalismo frío y cálculo. Nos hemos hallado a nosotros mismos. Dios ha soplado sobre nosotros y todo se ha transformado.

“Envía tu Espíritu y renovarás la faz de la Tierra”. TOMÁS

## Signos exteriores

Vivimos en una emoción continua guerrera y patriótica.

Ya no es como al principio del Movimiento una exaltación nueva de alegría contenida y desbordada al paso de las múltiples milicias policromadas, en formaciones gallardas, actitudes decididas de almas heroicas, vibrando estremecidas al son de los himnos bélicos.

La tensión espiritual no es la explosión culminante y fugaz de un desasosiego o de una aspiración lograda.



## EL SANTO ESCAPULARIO

Yo tenía una madre buena y santa,  
Murió hace muchos años;  
El Señor la tendrá ya de seguro  
En su eterno descanso.

Yo tenía una madre buena y santa;  
Murió ya; sin embargo,  
Aún la siento vivir continuamente  
Aquí cerca a mi lado.

En los días de prueba y lucha dura  
Cuando me ahoga el llanto,  
La veo enardecida y que me anima  
A subir al Calvario.

Y cargo con mi Cruz, bendita sea;  
Pero a veces me canso,  
Y ya voy a caer, mas me sostienen  
Sus maternales brazos.

Quando en las frías noches del in-  
Me entrego al sueño plácido [vierno  
Aún la siento acercarse de puntillas  
Silenciosa, despacio.

Y me aprieta la ropa entre los hom-  
[bros

Y me deja en la frente un beso cálido  
Y luego me bendice y se retira  
Con paso suave y tardo.

Aún recuerdo que el día de su  
Me llamó, y a su lado [muerte  
Me puse conmovido; sin palabras  
Nos miramos un rato.

Sus ojos puros arrojaban fuego,  
Ya me abrasaba el llanto,  
Y loco de dolor ante tal pérdida  
Me arrojé entre sus brazos.

Ya no hablaba su lengua, pobrecita;  
Sus manos temblorosas se agitaron  
Y a duras penas se quitó sonriendo  
El Santo Escapulario.

Lo colocó en mis hombros mori-  
[bunda,  
Su mirada perdida en el espacio.  
No ha podido olvidar aquel momento  
Este carmelitano.

JULIO ASCANIO



## TRIBUNAL BARATO

Tilín, tilín...

—¿Se puede pasar?

—¡Adelante!

—Usted me dispensará, señor Ma-  
go, que venga a molestarle; no me  
gusta armar líos, pero hay cosas que  
no se pueden tolerar y más en los  
tiempos que estamos...

—Cálmese y dígame lo que se le  
ofrece.

—Vengo a quejarme del salvajismo  
de Macario, porque eso no es perso-  
na; hasta los dientes, que es lo pri-  
mero que enseña, los tiene de perro  
de presa. Parece mentira que este  
Tribunal consienta en tener a seme-  
jante bestia.

—Cálmese, cálmese y dígame si le  
ha ofendido en algo.

—¿No se enteró usted del escán-  
dalo que armó Macario el otro día?  
Pues fué con una servidora y gracias  
a que escapé corriendo, si no, no sé  
lo que me hubiera pasado. En segui-  
da me fui a denunciar el hecho a Co-  
misaria, pero me detuve por respeto  
a usted.

—¿Y por qué fué ese escándalo?

—Me trató de una manera infame  
y soy tan decente y tan cristiana co-  
mo la primera.

—Estoy seguro de que si hubiera  
usted venido como ahora, no le hu-  
biera dicho nada.

—¿De modo que aún le parece bien  
lo que hizo? Esto es absurdo.

—No aplaudo lo malo en nadie.

Macario es sencillo, brusco, impre-  
sionable...

—Una bestia, así, claro.

—Dice pronto lo que siente y se  
exalta y acalora y a veces falta con  
sus modales ineducados. Yo lo siento  
mucho y me ocasiona algún disgusto.  
Pero tiene un sentido hondo y fuerte  
de rectitud y de nobleza y dice sin  
rodeos lo que piensa. En este caso  
faltó en sus formas destempladas,  
porque le estoy siempre corrigiendo  
que sea como quiere Jesús: "manso  
y humilde de corazón"; pero tenía  
muchísima razón en el fondo; a mí  
mismo me daba gusto oírlo hablar  
con un acierto que muchos escritores  
no alcanzan.

—¡Sólo faltaba eso, alabar a Ma-  
cario!

—Dios revela a los humildes su es-  
píritu y lo oculta a los soberbios. Por  
eso el pueblo entiende muchas cosas  
con suma claridad y va al derecho,  
en tanto que los ilustrados se enredan  
en minucias y sutilezas y claudica-  
ciones. Es preciso vestir y proceder  
en todo con modestia, eso es todo; y  
eso a todo trance. Es una vergüenza  
tanto hablar de piedad, tanta comuni-  
ón y ejercicios espirituales y ora-  
ción y sin embargo ese vestir que re-  
fleja un espíritu mundano ajeno al  
cristianismo.

—¿Dice usted que no soy cristiana?

—No digo eso; digo que no lo pa-  
recen y que se esfuerzan por no pa-  
recerlo, cuando debían tener como su  
mayor gloria ser y parecer cristianas.

—Quedamos en que reprenderá us-  
ted a Macario; es preciso que se en-  
miende.

—Ya le reprendí el otro día, pero  
también es preciso que se enmiende  
usted.

—Ya ve usted cómo me he enmen-  
dado; no creo que tenga usted nada  
que decir ahora.

—Ahora a perseverar, con la gra-  
cia de Dios.

—¡Señor...!

—¿Qué quieres? ¡Pasa, Macario!

—Esta que s'ha ido es la del otro  
día. Si la llego a conocer antes... Lo  
qu'es qui ha venido toa tapujada y  
eso l'ha valido. Ha dau los güenos  
días mu meguica y sin dar la cara,  
pero no l'hai conocido hasta dem-  
pues.

—Eres muy bruto. ¿Qué quieres  
que haga? A pesar de lo mal que la  
trataste ya ves que ha venido humilde  
y bien vestida. ¿Qué más vamos a  
pedir? Se ha enmendado, bendito sea  
Dios.

—Haí está, que los engañan a us-  
tedes como a unos chinos. Toa esa  
labia que tienen es postiza, pa enga-  
ñar y luego hacen lo que quieren. En  
cuanto ha salido de aquí s'ha quitau  
el abrigo, se l'ha echau al brazo y s'ha  
ido más pita qui un ajo calle alante  
con las mangas cortas. Hasta en el  
Pilar hacen lo mesmo. A lo que van  
a entrar se tapan, pa que no las vea



la Virgen; y a lo que salen se guelven a quitar la ropa pa quedasen hechas unas indecentes; como si la Virgen no s'hubiá d'enterar de lo que pasa po la calle y lo mesmo Nuestro Señor. Ah, pues, no se l'ha pasau, no. ¿Se convence usted? No se pué coh esta gente más que a garrotazo limpio; ya l'hicia yo.

—¡Qué triste es; qué inconsciencia!

Tilín, tilín, tilín.

—¿Da usted su permiso?

—¡Adelante!

—Señor Mago, vengo a desahogarme. Estoy frita con estas chiquillas que no las podemos dominar. Tengo dos hijas y son buenas, muy buenas, gracias a Dios, es verdad. Porque son trabajadoras y piadosas y me respetan; pero en lo de las modas no hay quien pueda con ellas. Nosotras no éramos así. No sé lo que nos hubiera parecido en nuestra juventud ver a una muchacha vestida de este modo. Que si el pelo, que si los zapatos, que las medias, que las uñas, los labios, la... Me ponen nerviosa; al mejor día lo voy a tirar todo a la basura. Y luego tan cortas, los escotes, las mangas, y tan ceñidas... parecen cosa mala. Y van todas, todas así. Esto es una plaga, parece una locura.

—Tiene usted muchísima razón.

—Yo no sé qué hacer. No valen reflexiones, ni sermones, ni libros, ni revistas católicas, ni nada. Nosotras somos antiguas, no somos del día y no entendemos lo que corresponde. No sé qué tienen en la cabeza.

—Es cierto lo que usted dice. No tienen ustedes el ascendiente debido sobre sus hijas; ni la Religión misma. Se les antoja que es ridículo ir de otro modo y no hay manera. El mal es enorme y de una extensión que espanta. Si las mujeres que visiten inmodestamente fueran sólo las degeneradas o las mundanas...; pero si son también estas chicas buenas, como las de usted, criaturas inocentes que con su frivolidad e inconsciencia hacen el mal casi irreparable... Y no hay más remedio que atajarlo por eso precisamente con mayor ardor, porque prende aun en las almas buenas.

No son sólo ellas las culpables. Son primero ustedes, padres y madres...

—¡Señor Mago, por Dios, que no sabe usted lo que son las hijas en estos tiempos!

—Usted no era así, me ha dicho, pero su madre de usted tampoco sería como usted. Ustedes sufren mucho, gritan mucho, riñen mucho, pero les dejan hacer lo que quieren y siempre salen las chicas con la suya. Así están ustedes desautorizadas ante ellas. No digamos de las madres que las incitan ellas mismas y las contemplan embobadas.

—¿Qué quiere usted que hagamos?

—Pues, cuando una cosa no se puede hacer, no se hace; cuando una moda no es decente no se tolera. Pero

sin ceder, con entereza y aun mejor sin discusión posible; de eso, ni hablar. Salvo lo que no permite la decencia, ceder en lo demás y aun complacerles, sin perder autoridad. Porque también es un error estar siempre oponiéndose al menor capricho de las hijas. Eso hace que tomen como manía y oposición sistemática el criterio de los padres.

Además estos males deben prevenirse e ir formando el sentido moral y el gusto desde niñas, para que sepan que no se puede hacer todo lo que se nos antoja; saber hacer la voluntad de los mayores y tener el mayor respeto y estima de los mandatos de Dios. Justo es que les guste ir bien arregladas y que procuren agradar, pero moderadamente, no ese afán de estar llamativas y extravagantes y mudar de vestido cada día o cada hora. Esto desvía el sentido moral y grava excesivamente los gastos familiares desatendiendo otras cosas imprescindibles como es el cuidado de los necesitados que no tienen ni pan para comer, ni albergue humano en qué cobijarse. No hay derecho a tanto despilfarro y despedir a un pobre sin limosna o suprimir el recibo mensual de una obra benéfica.

—¡Dios mío!, lo que tiene una que discurrir, tan caro como está todo!

—Y aún es peor el que por ir vestidas como no pueden no llegan a pagar lo que deben; no pagan la casa, deben a la modista, al zapatero, al tendero, a todos...

—Ya tiene usted razón, ya; va una ahogada siempre.

—Y los padres tienen también gran culpa por no imponer oportunamente su autoridad. Y los jóvenes, los novios mismos que debían apartar su vista y su simpatía de semejantes mujeres. Sólo con esto, era segura la enmienda.

Las mismas autoridades pueden y deben hacer mucho.

Pero todo será poco si no hay un sentido religioso más profundo, un respeto mayor a Dios siempre presente a lo íntimo de nuestra alma.

—¿Y qué quiere usted que haga yo? Póngase usted en mi caso.

—Desde luego no hacer nunca lo que no se puede; ya se lo he dicho; orar mucho; ser mejor cada día para agradar más a Dios y atraer más su gracia; rogar por ellas y por las demás... Dios todo lo puede.

Es difícil problema, pero no insoluble, y menos para Dios. Una persona suelta puede poco; unidas muchas pueden mucho. En otras partes ha habido asociaciones piadosas que se han comprometido a ser modestas. ¡Lástima que no se haga en todas partes!, y aún diría ¡lástima que no lo hagan de veras todas las asociaciones piadosas! Ser modesta ha de ser sinónimo de cristiana. Ese es el camino.

—¡Dios se lo pague, señor Mago! Me voy más consolada. EL MAGO



¡Señor! Sé que estás vivo en el Sagrario y siento que me escucháis. Siento también que me veis.

Que vuestra mirada penetra mi ser hasta lo más íntimo de mi alma, como un cristal.

Y aquí en la soledad, delante de vuestro Sagrario, gozo de las delicias de esta presencia y penetración divina, como de una inundación de vuestro Espíritu.

Es una intimidad inexplicable en que desaparece todo lo del mundo, en que sólo Dios es la aspiración única y total del alma en un océano de luz y de amor.

Aquí vengo a desahogar mi corazón en el secreto del Sagrario.

Porque Jesús me espera siempre bondadoso.

Jesús me escucha sin cansarse. El me ha dicho: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cansados, que yo os aliviaré".

Los hombres no quieren oír tristezas. Jesús es entonces cuando muestra mayor ternura, cuando nos ve sufrir.

¡Si supieran esto muchas almas!

¡Tanto como se sufre en el mundo!

Cuando se puede llorar las penas en los brazos de una madre se siente un consuelo celestial; la madre es algo divino.

Cuando se sufre en los brazos de Jesús se siente una vida renovada. Jesús muestra la aureola divina de la Cruz y el alma se levanta fortalecida y gozosa.

¿No es Jesús, nuestro Maestro, la Víctima divina?

¿Cómo no ha de ser el sufrimiento la lección principal del Maestro?

¡Señor!, que sepamos sufrir!

J. ADELAC



## Una mirada a la Tierra

## EL FUEGO

Contemplábamos el último día la bondad con que Dios nos trata dándonos no sólo las riquezas fabulosas que llenan la Tierra, sino además las fuerzas potentísimas de la Naturaleza que suplen el trabajo del hombre, le descansan, multiplican su actividad y fecundidad y le colman de bienes y comodidades.

Pensemos hoy en el fuego.

Nadie duda de su enorme poder. Poder terrible, irresistible, que todo lo devora y aniquila. El incendio de una casa que queda reducida a cenizas y escombros calcinados en poco tiempo; incendio que consume las ricas mieses que serían luego el pan abundante; incendio de ciudades enteras, de bosques... El fuego es el azote de la divina venganza, el instrumento de destrucción.

El espíritu del mal lo ha empleado como instrumento de tortura y ha quemado vivos a los enemigos; como instrumento de destrucción en la conquista de ciudades; como instrumento de venganza para aniquilar al vencido y borrar de la Tierra todo rastro de su memoria.

Sin embargo, el fuego es un gran instrumento de civilización, una enormísima energía que, bien utilizada, rinde los mejores servicios al hombre.

El fuego es inseparable del hombre.

Cuando el prehistoriador urge en las entrañas de la Tierra buscando los secretos del pasado, encuentra en las cenizas el sello de la presencia del hombre en aquellas edades remotas.

¿Cuándo descubrió el hombre el fuego?

¿Cuál fué la ocasión del transcendental descubrimiento? ¿Quién fué su inventor?

Nada sabemos. Las primeras páginas de la Biblia nos pintan a un querubín con espada de fuego guardando las puertas del Paraíso; y poco después nos refiere el sacrificio de Abel abrasado por el fuego que Dios complacido envía del Cielo.

¿Pero cuándo empezó el hombre a usar el fuego? Seguramente en los tiempos primitivos.

Un día halló el hombre un animal medio carbonizado por el incendio del bosque producido por un rayo; lo comió y lo halló delicioso. Desde entonces prefirió asar al fuego las piezas que cazaba y la hoguera fué la compañera inseparable de la choza, de la cabaña y de la tribu. La hoguera calentaba sus miembros en invierno, secaba la humedad, ahuyentaba las fieras, limpiaba el suelo de víboras y de insectos dañinos. El fuego era imprescindible para el hombre, algo casi sagrado y procuraba conservarlo con exquisita vigilancia, ya que no sabía encenderlo. Aún hemos visto en

los hogares campesinos el cuidado en conservar el fuego y hemos oído hablar a nuestros padres de los *luquetes*, palitos sin cabeza precursores de nuestros fósforos.

El día en que el hombre vió saltar chispas del pedernal—piedra de fuego—fué un acontecimiento en la vida humana. Sin duda pensó aprovechar esas chispas y consiguió prender fuego a algún combustible. Ya era árbitro del fuego, aunque se apagara la hoguera no tendría que ir a la tribu vecina; podía encender el fuego y tenerlo siempre a su servicio.

El hombre se familiarizó pronto con el fuego y fué hallando cada vez nuevas y transcendentales aplicaciones que dieron a su vida mayor comodidad y transformó sus usos y costumbres.

Sin duda pudo observar que el suelo de arcilla en que encendió su hoguera familiar se había endurecido con el fuego y que aquel barro ya no se iba con el agua y la lluvia. Quizás pensó entonces en cocer al fuego los adobes y logró así hacer su casa de una solidez prodigiosa. Entonces nació también la cerámica; el barro era fácil de manejar y luego el fuego le daba estabilidad. La transformación que operó en las costumbres fué asombrosa; desde entonces pudo cocer los alimentos, hizo pan y conoció la utilidad del agua caliente, coció hierbas y aprendió los principios de la Medicina y de mil aplicaciones útiles que le hacían descubrir los beneficios de la Naturaleza que le rodeaba.

El hombre debió asombrarse de las maravillas y ventajas que le proporcionaba el fuego. El hombre primitivo fué de descubrimiento en descubrimiento. El fuego era un instrumento transformador irresistible. La arcilla era endurecida; en cambio la caliza y el yeso se hacía deleznable y se reducía fácilmente a polvo que luego el agua convertía en excelente material de construcción.

Pero la sorpresa debió ser sobre toda ponderación al someter al fuego otras piedras y ver fluir los metales más variados. El fuego ha hecho posible la extracción del hierro que ha proporcionado al hombre excelentes utensilios, cuchillos, hachas, armas, escudos, instrumentos mil para todas sus industrias; elementos insustituibles de construcción. Pensad por un momento que desaparezca de vuestra casa todo lo que es de hierro; ni el resto podrá subsistir, pues también se ha labrado con instrumentos de hierro.

El fuego ha sido el instrumento precioso de la metalurgia que ha llenado la vida humana de comodidad, riqueza y belleza.

El fuego es un precioso medio de purificación que limpia el oro de escoria, destruye los insectos dañinos y los microbios de todas clases.

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA  
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los suscriptores que, atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Superiora del Asilo - Enseñanza, Derroñales; don Valero Lobera y don Félix Serrano, de Jaulín; doña Luisa Caballero, de La Parra (Badajoz); doña Angela Ibáñez, Logroño; doña Tomasa Esual, viuda de Arratibel, San Sebastián.

## OBRAS DE ACTUALIDAD

*La Bruja Blanca*.—Preciosa novela, obra cumbre del M. I. Sr. D. Juan Buj, Fundador de EL ECO DE LA CRUZ. Es obra apologética que ilumina con claridades celestiales y encanta con el atractivo espiritual de la protagonista, modelo de acción católica. Dos tomos en un volumen, 2'50 ptas.

*La Eucaristía y la Comunión diaria*, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aún fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2 pesetas.